

UNAS NOTAS SOBRE LA ENTRADA DE JUNG EN ESPAÑA

MESTRE, V.
CARPINTERO, H.

La introducción del psicoanálisis en España constituye un importante capítulo dentro del proceso de incorporación de nuestro país a los temas culturales y científicos dominantes en el mundo moderno, salvándose así un secular desnivel que nos distanciaba de las otras naciones del mundo occidental.

Hemos estudiado en trabajos precedentes (CARPINTERO Y MESTRE, 1984, 1988) la introducción de las ideas de Freud y de Adler entre nosotros. Y resulta evidente que la imagen obtenida quedaría incompleta sin una referencia complementaria a la difusión de las ideas de Jung, el otro gran 'heterodoxo' del psicoanálisis primitivo.

En efecto, desde muy pronto fue notoria la disparidad de interpretaciones que surgieron en torno a los temas de la psicología profunda, y con ello, la necesidad de elegir una u otra de las líneas de aproximación a los procesos de la psique inconsciente. A ello se añadió en su momento la introducción de peculiares desarrollos teóricos y técnicos en el caso de los diferentes autores, con lo que se ha ido consolidando la realidad plural de la gran corriente psicoanalítica, lejos del monolitismo teórico con que a veces ha sido vista por sus contradictores.

INFLUENCIA ENTRE LOS MEDICOS

Como ya hemos visto al tratar de las influencias de Freud y de Adler, uno de los sectores de la sociedad española más interesados en la introducción del Psicoanálisis en nuestro país fue el grupo médico.

Uno de los primeros introductores de las ideas de Freud en España fue el doctor Enrique Fernández Sanz, psiquiatra madrileño que tempranamente dedica un amplio artículo titulado "El Psicoanálisis" a exponer aquellas ideas. El trabajo, publicado en Los progresos de la clínica, apareció en 1914. Unos años más tarde (1923) dedicó otro artículo en la revista Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades a "La Evolución del Psicoanálisis -los disidentes- el freudismo ortodoxo", y en él expone la evolución de esa doctrina.

Destaca Fernández Sanz en ese trabajo, entre los psicoanalistas disidentes, "por su alta autoridad científica y por su merecidísimo prestigio, Bleuler, Stekel, Adler y Jung" (FERNANDEZ SANZ, 1923, 158). Curiosamente muestra allí una consideración más positiva hacia los psicoanalistas disidentes que hacia el propio Freud. Entre los primeros, es Jung el que, según Fernández Sanz, ha alcanzado un nivel más profundo: "Jung es, según mi humilde parecer, de todos los psicoanalistas, el que a más alto nivel filosófico ha logrado elevar las inducciones doctrinales y a la vez el que con más penetrante sagacidad ha conseguido adentrarse en las intimidades de la diseción psicológica, escudriñando hasta las más extremas consecuencias intelectuales y afectivas de los trastornos psiconeuróticos y de la cura psicoanalítica" (FERNANDEZ SANZ, 1923, 160). Fernández Sanz precisa y explicita aún más su aprecio a las obras de Jung entre las otras dedicadas al psicoanálisis: "sinceramente declaro que de

cuantas sobre estas materias he leído son ellas las que mas intensa y persistente impresión me han causado" (FERNANDEZ SANZ, 1923, 160).

Son varias las razones de tal aprecio. Por una parte, y desde un ángulo puramente médico, considera acertada la interpretación que Jung hace de las psiconeurosis al afirmar que "dichas afecciones son la expresión de una dificultad actual, de una falta de adaptación presente, que da lugar al bloqueo del libido y a su retroceso hacia las fases evolutivas infantiles" (FERNANDEZ SANZ, 1923, 160). Así, su etiología habría que buscarla más en las condiciones presentes del sujeto que en causas remotas, actualismo que nuestro autor juzga acertado.

Luego, tras recoger los dos tipos de inconsciente planteados por Jung, "uno personal y otro impersonal" y su influencia en los fenómenos psíquicos, se refiere a la "ley de la antitesis" propuesta por Jung para explicar los conflictos de la vida mental. Tal principio se basaría en la misma ley propuesta por Heráclito, según la cual "todo en la naturaleza se encuentra con su contrario; es necesaria la distinción y contraposición del yo psicológico y del no yo psicológico debiendo separarse el yo consciente del yo inconsciente, y no reprimiendo a este, pues entonces nos atacaría por la espalda y nos dominaría, sino contemplándole frente a frente, como una cosa totalmente distinta del yo consciente al que debe subordinarse, imponiendo a aquel los deberes sociales dictados por éste" (FERNANDEZ SANZ, 1923, 161). Para Fernández Sanz este sería un razonamiento análogo al que plantean todas las escuelas de perfeccionamiento moral y de elevación espiritual del hombre, y una intuición teórico-filosófica digna de ser tenida en consideración.

Vemos, pues, cómo Fernández Sanz, que fue muy crítico con el freudismo ortodoxo, muestra una actitud mucho más abierta y acogedora con los supuestos psicoanalíticos de sus más inmediatos disidentes, Adler y Jung, e incluso considera la doctrina de este último como la mas completa de las tres - aunque sin dar de ello especial prueba ni demostración, y apelando en cierto modo a dimensiones filosóficas más que medico-psiquiátricas.

La presencia de Jung es mucho más rica y acusada en las obras de Emilio Mira y López. Aquí si hay ya un conocimiento efectivo de sus varias contribuciones a la investigación psicológica y psiquiátrica. Mira publicó en 1926 un breve folleto, *El psicoanálisis*, seguido de otro de *Aplicaciones practiques del psico-analisi*, lleno de informaciones concretas así como de sugerencias personales nacidas de su práctica clínica. Allí se encuentran numerosas precisiones sobre el sistema de Jung.

Procuraremos resumirlas ordenadamente. Para comenzar, hay aquí una interpretación de la libido no sexual, sino vital - al estilo bergsonianiano, según apunta Mira -, y había una serie de libidos parciales correspondiéndose con las distintas manifestaciones orgánicas (MIRA, 1926, 20). Recoge, igualmente, la interpretación del inconsciente como inconsciente ancestral, con los residuos de la evolución filogénica, no con los materiales objeto de una represión, aunque también haya otro personal; pero "el dit inconscient personal no té el paper de Deux-ex-machina que li assigna Freud" (Idem, 21). Además, "el genial psiquiatra de Zurich" ha recogido una dimensión tipológica fundamental, y frente a una psicología valida para todos, sostendrá que hay que matizar las reacciones y procesos psíquicos según se trate de 'introvertidos' o de

'extrovertidos' personalidades centrípeta la primera, centrífuga la otra. Le importa, también, la idea de Jung de que las psiconeurosis tendrían la causa en el pasado, en aquellos factores que impedirían el desarrollo normal de la libido, no en el pasado (como sería la idea de Freud): "segons Freud el neuròtic no ha deixat d'esser infant des del punt de vista sexual, mentre que segons Jung el neuròtic es torna infant perquè no pot continuar essent home en qualsevol situació difícil." (Id., 22).

Hay, además, una detallada presentación del método de exploración del inconsciente a través de las asociaciones determinadas de palabras, cuya base o fundamento cree encontrar en la existencia de reflejos asociativos que permiten la evocación de los hechos asociados con la palabra estímulo del test. Estas palabras pondrían así en claro los posibles 'complejos' existentes en la psique. Mira proporciona en su libro una clasificación de asociaciones (intrínsecas, extrínsecas, tonales y mixtas), poniendo ejemplos, y señalando el carácter sumamente diferenciador de las asociaciones rítmicas frecuentes en casos patológicos. Mira recoge también la idea de que las variables personales pueden introducir "variaciones en la fórmula asociativa", así como el distinto tipo afectivo, temperamental, del sujeto (objetivo, definidor o predicativo, junto al tipo complejo, cuyas diferencias dibuja también.) En fin, encontramos también aquí el conjunto de signos que para Jung pueden ser considerados como reveladores de complejos (retraso de la reacción, ausencia de respuesta, etc.) , así como las ideas sobre la comparación de asociaciones del paciente con las de la constelación familiar.

Mira parece haber trabajado ampliamente el método de las asociaciones, y del análisis de complejos, según se desprende de los datos y ejemplos que adornan su exposición. Esta es, sin duda, la porción más amplia y rica de su exposición, y permite adquirir una imagen de Jung en la que se ha subrayado fuertemente una preocupación metodológica de la psicología profunda que había de darle un lugar preeminente entre los otros investigadores, a los ojos de los clínicos del momento.

Otro psiquiatra español Ramón Sarró escribió la introducción a la primera edición de la traducción española de la obra de Jung "El Yo y el inconsciente" (1936). En esta extensa presentación de la obra de Jung en castellano, Sarró se refiere a la difusión y prestigio creciente de su doctrina en los países germánicos en detrimento de Freud, "Como es seguro el descenso de Freud, lo es el ascenso de Jung. Es la vacante de Freud la que ocupará Jung" (SARRO, 1936, 6) Dos razones justifican este hecho, por una parte puede contribuir una circunstancia política "La Alemania actual no podía tolerar la hegemonía de una psicología semítica" (SARRO, 1936, 6), pero, según Sarró, el determinante fundamental del mayor prestigio de Jung es su propia obra, "El valor de Jung es demasiado elevado e indiscutible para que pueda considerarse legítima esta posición" (SARRO, 1936, 7), además "Jung no necesita negar a Freud para brillar con luz propia" (SARRO, 1936, 9).

El origen de las ideas de Jung lo sitúa Sarró, en contra de lo que otros autores han opinado, en el propio Freud, en el psicoanálisis ortodoxo. Presenta el desarrollo de la doctrina de Jung en tres fases: la primera que denomina "fase psicoanalítica", la segunda llamada "fase de transición" y la tercera "fase de la psicología compleja".

Es la fase psicoanalítica la que muestra, según Sarró, su relación con Freud. Ambos psicoanalistas se vieron influenciados por la psicología asociacionista, pero

Jung "en vez de dedicarse, como Freud, a imaginar la maquinaria asociativa que subestructuraba la vida humana, se consagró a una tarea más concreta y empírica: la de aplicar los métodos experimentales a los hechos descubiertos por el psicoanálisis" (SARRO, 1936, 11). Afirma Sarró que "Jung es, durante estos años, un auténtico discípulo de Freud, pero con personalidad propia" (SARRO, 1936, 15), son los años en los que Jung aplica los métodos de interpretación psicoanalítica utilizados por Freud al estudio de la psicosis, sugiere un paralelismo entre contenidos psíquicos y producciones míticas de los pueblos primitivos, habla de "complejos" en la vida psíquica y plantea un inconsciente diferente al de Freud "no solo cuantitativamente, sino cualitativamente. El inconsciente de Jung parece -si se me permite la frase- de mayores dimensiones, más inagotable, pero sobre todo de mayor potencia creadora. Mientras que en el de Freud solo existen instintos, en el de Jung existen "personificaciones". Lo que Jung ha dicho recientemente sobre el inconsciente "ario" y el "judío" es muy arbitrario, pero, en cambio, adquiere sentido si se aplica al inconsciente "freudiano" y al "junguiano" Parece como si Jung hubiese tenido siempre mas "fe" en el inconsciente" (SARRO, 1936, 16).

En la segunda fase de su doctrina, según Sarró, Jung transforma el concepto de "libido sexual" propuesto por Freud por el de libido como sinónimo de energía psíquica, "Jung no escapa a la fascinación de la concepción energética" pero a diferencia de Freud "niega el origen sexual de la libido a base de una crítica certera de la ampliación del concepto de sexualidad" (SARRO, 1936, 20). Así pues, "el nuevo enfoque junguiano del concepto de libido acarrea el abandono de una psicología basada en los instintos, que pasan a ser una forma de manifestación de la energía psíquica" (SARRO, 1936, 20). En esta época sitúa también Sarró la teoría de los tipos psicológicos en la que Jung a través de los tipos extrovertidos e introvertidos intentaría sintetizar los supuestos de Freud y de Adler. Esta tipología es para Sarró "un sistema de caracterología de positivo valor. En segundo lugar, su análisis de las dos actitudes básicas de introversión y de extroversión es, en el fondo, un capítulo importante de su sistema futuro" (SARRO, 1936, 22).

Finalmente, en la tercera fase de la aportación psicoanalítica de Jung sitúa Sarró su idea de inconsciente colectivo y de los arquetipos que lo componen. Este concepto implica un giro radical en la interpretación de la neurosis y de los sueños, así la neurosis "se convierte también en religiosidad reprimida" (SARRO, 1936, 24) y "los sueños vuelven a ser mensajeros de lo trascendente, dotados a veces de poder profético" (SARRO, 1936, 23). Sarró acentúa el interés de esta etapa de la obra de Jung mostrando su originalidad y mérito respecto a otras orientaciones psicoanalíticas.

Sarró muestra a Jung como la figura más relevante entre los primeros psicoanalistas y con una visión más sintética.

Finalmente, recordemos también aquí la obra de un psiquiatra que iba a llegar a ser figura central de su campo en los años posteriores a la guerra civil. Nos referimos a J.J. López Ibor. Se plantea el tema del Psicoanálisis en su obra "Lo vivo y lo muerto del Psicoanálisis".

Hay en este libro un vivo y especial interés hacia el sistema de Freud, pero también hacia sus más cercanos disidentes, Adler y Jung. Y volvemos a encontrar aquí

un particular aprecio hacia la obra del psiquiatra suizo. Reconoce el autor el mérito de algunos de los supuestos planteados por Freud y Adler, pero considera que es Jung, quien con su tipología alcanza la comprensión de ambos sistemas: "llega Jung a la concepción de los tipos psicológicos, en virtud de la cual la humanidad podría escindirse en dos grandes grupos: el de los extravertidos y el de los intravertidos, según se hallaren vertidos al exterior, al mundo objetivo, o al interior, al mundo subjetivo" (LOPEZ IBOR, 1936, 75). Ciertamente esta misma distinción tipológica es la que, según López Ibor, habrían planteado otros autores a lo largo de la historia como Carus, William James y Kretschmer; esto sin duda oscurece un tanto aquel primer esfuerzo de comprensión.

Relaciona cada uno de los tipos con una doctrina psicoanalítica: el extravertido sería "el modelo de hombre regido por el sistema freudiano, donde la sexualidad sería el motor universal de su conducta"; por el contrario, el intravertido respondería más bien, según López Ibor, a los supuestos de Adler y sus impulsos estarían regidos por "el instinto de poderío, de la voluntad de dominio, que hace a los hombres neuróticos a veces, es verdad, pero que en otras forja y dota de temple al héroe" (LOPEZ IBOR, 1936, 76). Si Freud tuvo esa visión sexualizada del hombre y del mundo es porque él era un "pansexual de los pies a la cabeza" (LOPEZ IBOR, 1936, 75), y ello le habría impedido poder tener una visión completa y sinóptica del tema.

Completaba López Ibor la descripción de la tipología de Jung con los diferentes subtipos según el predominio de su función psíquica: perceptivo, pensativo, contemplativo o intuitivo. Se refería además a la labor de Jung en el desarrollo de las técnicas de exploración psicológica al crear la "prueba de las asociaciones determinadas" (LOPEZ IBOR, 1936, 76). Pero el verdadero núcleo de las investigaciones de Jung es según López Ibor el "descubrimiento del inconsciente colectivo". El análisis de los sueños justifica, según López Ibor, la existencia de ese inconsciente colectivo, porque en sus contenidos además de deseos libidinosos hay también "fantasías que no se fundamentan en la historia individual, sino que hay que buscar su raíz en otros hechos o elementos de tipo extra o sobrepersonal" (LOPEZ IBOR, 1936, 77). López Ibor concluye que si estos contenidos no se derivan de la experiencia individual hay que interpretarlos como derivados de la experiencia colectiva de toda la humanidad, contenidos que se transmitirían tal vez hereditariamente mediante "un extraño proceso de herencia" (LOPEZ IBOR, 1936, 77).

Estos arquetipos se situarían en lo más hondo del inconsciente, serían más difíciles de descifrar y estarían relacionados con contenidos mitológicos. El inconsciente colectivo predominaría en el individuo introvertido, que serían sujetos menos influenciados por los estímulos externos y con un pensamiento altamente creador, por el contrario en el extravertido predominaría el inconsciente personal y por tanto, según López Ibor, serían individuos con una mayor sexualidad.

López Ibor recoge también la idea de unidad y contrariedad en el fondo del inconsciente en la obra de Jung: "el inconsciente no es ni masculino ni femenino sino que contiene ambos principios simbólicamente. Cuando la parte consciente del hombre es masculina, siempre se descubre en su inconsciente un radical femenino porque existía antes" (LOPEZ IBOR, 1936, 83). Pero sobre todo, para López Ibor "la noción del inconsciente colectivo representa un esfuerzo admirable en la concepción del hombre, trata de salvar y resolver la insuficiencia radical de Freud y de Adler" (LOPEZ IBOR,

1936, 86), pero sin embargo no deja de notar que "la doctrina quiere quedar creada sobre una base empírica, y esta es insuficiente" (LOPEZ IBOR, 1936, 86). He ahí un grave defecto.

López Ibor ha atribuido también un singular papel a Jung en la dinámica del movimiento psicoanalítico. Admite la importancia de la doctrina de Jung para salvar las diferencias entre Freud y Adler y cree que "su concepción de los tipos es valiosa" (LOPEZ IBOR, 1936, 86); incluso no duda en calificar a Jung como el mejor psicoanalista del grupo. Así escribe que, en lo referente a sus contenidos teóricos, "no cabe negarle a Jung un sentido profundo y positivo del problema del hombre, más que el de ninguna otra escuela psicoterapéutica de las surgidas alrededor del psicoanálisis" (LOPEZ IBOR, 1936, 88); por otra parte, desde el punto de vista terapéutico "la vertiente práctica de las ideas de Jung estriba en la necesidad de realizar una síntesis, después de haber desmenuzado por el análisis al hombre y a su inconsciente. Su posición es, pues, más activa que la de Freud frente al propio enfermo" (LOPEZ IBOR, 1936, 90).

Curiosamente, a partir de esas premisas Lopez Ibor llega a la conclusión de que los tres sistemas, el de Freud, el de Adler y el de Jung son útiles como terapéuticos, y están contruidos con grandes ambiciones, pero son incompletos ya que "la doctrina psicoterapéutica definitiva está por elaborar" y "quizá no sea posible realizarla nunca con criterio unitario" (LOPEZ IBOR, 1936, 90). Hay, pues, un radical distanciamiento de sus principios, que iba a mantenerse en los años de posguerra influyendo tal vez decisivamente en la historia de la recepción del psicoanálisis en esta época.

Hemos hallado también algunas breves referencias esparcidas por los trabajos de otros médicos escritores. Por ejemplo, el Dr. Angel Suils en su *Psicopatología de las Neurosis* (1932) dedica un capítulo al "Punto de vista psicoanalítico en las neurosis y psiconeurosis, su crítica y algunos comentarios". Se muestra allí poco partidario del método psicoanalítico como terapia, en concreto del método practicado por Freud por considerarlo "impracticable, inútil y además innecesario, dados otros métodos de tratamiento" (SUILS, 1932, 287).

Solo se refiere a Jung en el tema de los sueños, igualando "el impulso sexual de Freud y la libido de Jung", como generadores de los sueños sin censura. (SUILS, 1932, 293).

En fin, hay una presencia más viva y básica de Jung en el singular curso "Sobre la personalidad" profesado por Rodríguez Lafora, cabeza entonces de la psiquiatría española, en Valencia en 1937. La personalidad "unidad psicofísica del individuo, como integración de fuerzas y tendencias diversas e incluso contrapuestas de la persona", vendría unificada, "en la moderna concepción psicológica de la personalidad ideada por Jung", por "los arquetipos reunidos en su yo o ego" (Rz.LAFORA, 1937, 33). Lafora recoge, junto a la idea de los arquetipos, la concepción estructural de una personalidad que conlleva y contiene "verdaderas personalidades parciales distintas", y que adopta una forma de pirámide en que el inconsciente "general" soporta al "racial o colectivo" y éste al personal, para terminar culminando en la zona de "personalidad consciente". (Idem, 35-36).

Ciertamente, sobre esta visión estructural jungiana Lafora incorpora luego los mecanismos represivos, de un lado, y los factores biológicos de otro, con lo que ciertamente llega a dibujar una teoría propia de la personalidad, claramente integradora de muchas precedentes. Pero en ese esquema, el papel de Jung ha tenido, como se ve, un singular relieve.

Veamos ahora, brevemente, otras líneas de incorporación de Jung a otras esferas intelectuales.

INFLUENCIA DE JUNG EN OTROS CAMPOS

En nuestros trabajos precedentes, hemos reconocido al penalista Luis Jiménez de Asua como uno de los profesionales del derecho español que más se ha preocupado por la aplicación del psicoanálisis a su campo profesional. Abierto e innovador, hemos podido comprobar que este gran jurista muestra una actitud de cautela ante la aplicación del psicoanálisis freudiano y brinda una gran acogida a los resultados que se derivan de la aplicación de la psicología individual; sin embargo, apenas menciona a Jung en su teoría penal psicoanalítica.

Sin ocultar sus preferencias por la psicología individual, solo se refiere a Jung para recoger alguna apostilla a la obra del psicoanálisis freudiano: "como Jung ha dicho: todo "médico de almas" tropezará en su vida con ciertos individuos que se ciñen taxativamente a la psicología freudiana" (JIMENEZ DE ASUA, 1935, 86). Y ahí se termina todo. Bien poco, ciertamente.

Nada hemos encontrado de significación en las obras de Quintiliano Saldaña, también profesor de Derecho penal en la Universidad de Madrid, quien contribuyó igualmente en la introducción de las ideas psicoanalíticas en España y en su aplicación a la interpretación del delito y su etiología. Diríase que la doctrina de Jung no parecía útil para hacer una criminología psicoanalítica.

Otro campo en el que el psicoanálisis despertó cierto interés fue el de la Pedagogía. José Peinado y Juan Jaén llevaron a cabo una aplicación del psicoanálisis a la educación infantil. Aquí se plantean la doctrina de Jung como un intento de conciliar la teoría de Freud y la de Adler. Esta comprensión de la integrabilidad de los dos sistemas la sitúan en la tipología de Jung: el tipo extrovertido y el introvertido. En efecto, "el primero se siente atraído por el mundo exterior, si se hace neurótico su neurosis reconocerá como causa trastornos del instinto sexual. Para el segundo, él es lo más interesante del Universo; en Adler hemos de buscar la explicación de sus trastornos, si los presenta" (PEINADO y JAEN, 1932, 96). Estaríamos, pues, ante una doctrina de síntesis de lo que antes podía haber parecido tesis inconciliables.

Otro mérito de Jung, según estos autores, es su concepto de subconsciente colectivo para referirse al hecho de que "el hombre, al nacer, trae como herencia de sus antepasados tendencias subconscientes" (PEINADO Y JAEN, 1932, 97). Estos contenidos del subconsciente colectivo "pueden encontrarse en todas las cabezas, cosa que no sucede con los contenidos personales" (PEINADO Y JAEN, 1932, 99) y tienen un origen mitológico y religioso. Ciertamente que tales contenidos necesitan de unas condiciones para manifestarse y consideran los autores que "los más altos y mejores pensamientos de la humanidad se formaron sobre las imágenes primordiales (los eidola

de Platón), que son antiquísimo patrimonio de la humanidad" (PEINADO y JAEN, 1932,101).

Peinado y Jaén se basan en Jung para definir los términos "subconsciente" e "inconsciente" sentando algunas diferencias respecto a este autor. Si bien consideran que Jung utiliza el término inconsciente para referirse a la subconsciencia colectiva y el de subconsciencia para los contenidos personales, "para nosotros -dicen Peinado y Jaén- tan subconsciente es lo que hemos denominado subconsciencia personal, como el subconsciente colectivo, pues tanto uno como otro se componen de recuerdos perdidos, representaciones penosas reprimidas y contenidos que no han llegado a ser conscientes, pero que pueden llegar a serlo" (PEINADO Y JAEN, 1932,104). La diferencia fundamental estaría, según los autores, en la antigüedad de los contenidos que constituyen la subconsciencia personal y la colectiva y en el carácter hereditario de los mismos.

Otra importante aportación psicoanalítica de Jung reside también, según Peinado y Jaén, en su método de exploración del inconsciente: "el procedimiento de las asociaciones de Jung consiste en presentar al sujeto 100 palabras para que este responda a cada una de ellas con la primera contestación que se le ocurra" (PEINADO Y JAEN, 1932, 135). Este método constituye, según los autores, el punto de partida para un interrogatorio psicoanalítico. Como se ve, ésta es una imagen bastante detallada y apreciativa de la obra del psicoanalista suizo.

Esta visión integradora y superadora, casi hegeliana, de las doctrinas psicoanalíticas precedentes la volvemos a encontrar en un ensayista, Luis Abad, quien en su obra *Sentido psicológico de la felicidad y otros ensayos* (1934) dedica un capítulo a la descripción de las teorías psicoanalíticas de Freud, Adler y Jung. Es a este último a quien dedica una atención mayor porque considera que su aportación ha sido más relevante: "es un médico que ha estudiado a fondo las teorías de Freud y Adler, y las ha superado con notable éxito" (ABAD, 1934, 119). De las obras publicadas por Jung, Abad considera que es "Metamorfosis y símbolos de la libido" la que tiene un valor mayor y en la que se investigan "las relaciones entre un sistema individual de fantasías y el origen de ellas" (ABAD, 1934, 119).

Considera que el punto de partida de Jung en la construcción de su teoría es distinto al de Freud y al de Adler: "fue la intuición de que el mundo del hombre se mueve en un plano de imágenes e ideas y no en el del instinto" (ABAD, 1934, 120) ni en el de la voluntad adleriana.

Describe a Jung como un psicoanalista que reconoce tanto lo válido de las doctrinas de Freud y de Adler como también su unilateralidad, e intenta conciliar ambas al construir su tipología: tipos extravertidos, en los que predomina el amor y adecuados más bien al modelo planteado por Freud, y los tipos introvertidos en los que hay un predominio de la voluntad y por tanto más en consonancia con el planteamiento de Adler. Considera desde luego esta tipología como equivalente a otras como las de "románticos y clásicos", "sensualistas e intelectuales", "bárbaros y delicados", y otras semejantes.

Además de la tipología, describe Abad la distinción entre inconsciente personal e inconsciente colectivo, para referirse a aquellas formas "que podríamos llamar arquetipos, que residen en nosotros desde tiempo inmemorial, que son como los modelos eternos de la imaginación humana, en que se basan todas las fantasías comunes a los hombres de todas las tierras" (ABAD, 1934, 124). Estos contenidos del subconsciente son los que, según Abad, determinan el planteamiento etiológico de los trastornos mentales y su terapéutica, en clara oposición a las ideas de Freud que localiza la etiología en vivencias infantiles: "Jung piensa que el origen de las psicosis no está en ellas, sino en esas imágenes primordiales o arquetipos que residen de siempre en nosotros. Que el neurótico lo crea así, es método curativo de Jung" (ABAD, 1934, 128).

En los arquetipos distingue Abad dos clases de contenidos, según los análisis del propio Jung: los de tipo mental o mitológico y los que tienen una base biológica y social. Esto implicaría que el terapeuta, que ha de tratar casos psicopáticos, debe tener además de conocimientos psiquiátricos conocimientos mitológicos. Abad da amplios ejemplos de cada uno de estos contenidos, con referencias a la magia, la religión y la filosofía, la brujería y el miedo, y al peso de las imágenes paternas.

El conocimiento de la importancia de estas imágenes por parte del sujeto que padece una determinada patología constituye, según el autor, la base del método terapéutico de Jung, su originalidad y su interés "para todo aquel que se dedica al trato con personas anormales" (ABAD, 1934, 145).

Abad concluye que las construcciones teóricas de Freud, Adler y Jung coinciden con el afán analítico de la época que se observa en cualquier ciencia la historia, la física, la biología, la política, la moral o el arte. Considera que de las tres es la de Jung la que ha conseguido mayores logros: "Freud ha sido superado. Con Adler se descubre la sociabilidad y su importancia para la vida del hombre.....Con Jung hemos pasado de la visión limitada y unilateral de cada sujeto, a la visión amplia y multilateral de la psique humana en sus profundos planos abisales" (ABAD, 1934, 147).

En fin, para terminar, recordemos la que posiblemente ha sido la única cita de Ortega a Jung: aquella en que le atribuye haber hablado de una "paleontología del alma", lo que a Ortega le habría servido para comprender la existencia de espíritus arcaicos en todas las épocas históricas. Pero acto seguido dice que no ha encontrado en las obras de Jung esa expresión, que seguramente se la oyó a Keyserling, y que él piensa cosas distintas de lo que Jung habría querido pensar con ello. Y nada más. Esto es notable, dada la fuerte afinidad de Ortega con Adler, y la distancia pero a la vez interés por la obra de Freud. Tal vez por ello, el espíritu de Ortega vio desde lejos esta construcción de la psique que, sin embargo, parecía apuntar a la historicidad del hombre en sentido bastante afín al de la propia filosofía de Ortega. (Ciertamente, por otro lado, que Jung publicó algunos trabajos en la "Revista de Occidente": un libro sobre "Lo Inconsciente", y varios artículos, sobre tipología, o la obra de Joyce, todo lo cual indica, por lo menos, contactos efectivos entre ambas personalidades.)

CONCLUSIONES

En el periodo anterior a la guerra civil, con la entrada de las ideas dominantes en el mundo occidental y especialmente en el germánico, es posible constatar una presencia, si bien limitada en casi todos los casos, de la construcción teórica junguiana.

Sin duda ha sido en medicina, y más concretamente en los trabajos de Mira y López, donde esta obra se ha utilizado activamente en terapias e investigaciones. Teóricamente, su peso ha estado limitado, siendo sobre todo imperceptible en el marco de la realidad jurídica, atraída hacia otras formas de psicoanálisis sentidas como más próximas.

De todos modos, este es un primer esbozo de la imagen que proyectaba Jung en la cultura española, en los años anteriores a la guerra civil. Serán precisos posteriores análisis para completar el tema.

BIBLIOGRAFIA

- ABAD, L.. Sentido psicológico de la felicidad y otros ensayos. Madrid, 1934.
- FERNANDEZ SANZ, E. "El Psicoanálisis" Los Progresos de la Clínica, 1914, 258-283
- FERNANDEZ SANZ, E. "La evolución del Psicoanálisis -los disidentes- el freudismo ortodoxo" Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades, 1923, 155 -166.
- JIMENEZ DE ASUA, L.. Valor de la Psicología profunda (Psicoanálisis y Psicología individual) en ciencias penales. Reus, Madrid, 1935
- LOPEZ IBOR, J.J. Lo vivo y lo muerto del Psicoanálisis. Luis Miracle, Barcelona, 1936
- MIRA Y LOPEZ, E., El psico-análisis, Barcelona, Monogr. Medicas, 1926
- MIRA Y LOPEZ, E., Manual de psicología jurídica, Salvat, Barcelona, 1932
- PEINADO, J. y JAEN, J.. Psicología pedagógica "Lo subconsciente y la educación", Aguilar, Madrid, 1932
- RODRIGUEZ LAFORA, G ., Sobre la personalidad, Anales de la Universidad de Valencia, Valencia, 1937
- SALDAÑA, Q.:La Nueva criminología. Aguilar, Madrid, 1936
- SARRO, R. "Introducción" a la 1ª edc. de Jung: El Yo y el inconsciente, Luis Miracle, Barcelona, 1936
- SUILS, A. Psicopatología de las neurosis. Madrid, 1932